



## CAPITULO XII

### El Párroco de Ars en sus Catecismos.

**H**AY quien ha dicho que el santo Párroco de Ars era un hombre muy poco hábil, y esto es inexacto. Si debía poco á la Naturaleza, en cambio la gracia había elevado notablemente la obra de la Naturaleza; y enriqueciéndole con los más eminentes dones del Espíritu Santo, le infundió también cualidades que el mundo desea y estima. «¿Qué maestro habéis tenido en Teología?» le preguntaba con honda ironía un curioso intencionado. El siervo de Dios contestó con admirable sencillez: *El mismo Maestro que San Pedro.*

¿Cómo podríamos dudar de esto los que hemos tenido la dicha de asistir á algunos de sus Catecismos, de oír aquella palabra nueva, que no se parecía á ninguna palabra humana; que hemos visto el efecto irresistible producido sobre los oyentes de toda clase y categoría por aquella voz llena de ternura y fervor, por aquella intuición milagrosa, y por la belleza encantadora de aquel francés inculto, casi vulgar, pero transfigurado y penetrado de fuego divino hasta en la forma, en el método y armonía de las palabras y sila-

bas? Y no son menos admirables que su extraña palabra las cosas que decía, pues en esto consiste la verdadera elocuencia. El santo Párroco expresaba las cosas con un estilo y modo prodigiosos: su alma toda pasaba á la de su auditorio, para hacerle creer, amar y esperar como él; y este es el fin supremo y el verdadero triunfo de la elocuencia evangélica.

Las personas que han oído con frecuencia á Vianney discurrir del Cielo, de la santa humanidad de Jesús, de su dolorosa Pasión, de su real presencia en el Sacramento del amor, de la Virgen Purísima, de sus grandezas, excelencias y virtudes; de la bienaventuranza de los Santos, de la pureza de los ángeles, de la belleza de las almas, de la dignidad del hombre, de todas las materias, en fin, que le eran familiares, y de las cuales hablaba con una elocuencia arrebatadora, y á veces ahogado en lágrimas, salían de la iglesia diciendo que el buen Padre veía á la luz del Cielo las cosas de que hablaba. Y así era, en efecto; porque su palabra se impregnaba entonces de ternura celestial, de inefable dulzura, y de una unción tan penetrante, que deshacía los corazones. Había en su voz, en su gesto, en su mirada y en su rostro transfigurado, majestad tan extraordinaria y poder tan maravilloso, que era casi imposible oírla sin participar de aquel fuego que abrasaba su corazón; pues los pensamientos que da ó comunica la luz divina tienen mayor alcance que el que se adquiere por el trabajo. En vista de una exposición de la verdad tan sencilla como luminosa, y ante una certeza tan grande, la duda desaparecía de los corazones más rebeldes, y la luz admirable de la fe ocupaba su puesto.

La palabra del Párroco de Ars tenía mucha ma-

yor eficacia, porque predicaba con todo su ser. Su sola presencia era ya una manifestación de la verdad, y con razón pudiera decirse de él que predicaba con sólo dejarse ver, y que movía los corazones y convencía por su silencio. Cuando aparecía en el púlpito aquel rostro pálido, descarnado, diáfano; cuando se oía aquella voz aguda, penetrante y parecida á un grito, lanzar á la multitud pensamientos sublimes bajo una forma sencilla y popular, creía cualquiera hallarse en presencia de uno de los grandes hombres bíblicos que hablaban á los hombres el lenguaje de los Profetas. Bastaba su presencia en el púlpito para infundir respeto, llenar de confianza y disponer los ánimos á oírle con placer, y esto no sólo para recrearse, sino para aprovecharse de su doctrina.

El venerable catequista, antes de comenzar, dirigía sobre el auditorio una mirada que preparaba el camino á la palabra. Algunas veces sus ojos se fijaban sobre una ó más personas, cual si en el fondo de sus almas buscase el asunto de que debía hablar. ¡Cuántos han creído que el Párroco de Ars sólo había hablado para ellos! ¡Cuántos han reconocido, en la pintura que hacía de las miserias humanas, la historia de sus debilidades, de sus seducciones, de sus combates, de sus turbaciones y de sus remordimientos!

Aquellos que han tenido la suerte de asistir á estos Catecismos han podido observar en ellos dos cosas igualmente notables: el predicador y el auditorio. Lo que hacía oír el predicador no era sólo su palabra; era su alma, su alma santa, toda empapada y llena de fe y de divino amor. Por esto, su lenguaje fogoso, que rebosaba del alma, se hacía sentir inmediatamente, y su influencia subyugaba todos los corazones. El

auditorio no parecía estar en la tierra: hallábase como transportado á las puras y elevadas regiones de donde descenden los dogmas y los misterios; y la palabra del santo Párroco abría siempre al pensamiento nuevos y más claros horizontes. El cielo, la tierra, la vida presente y la vida futura, las cosas del tiempo y de la eternidad, se presentaban siempre desde un punto de vista nuevo. No hay elocuencia que haya hecho derramar más lágrimas, ni palabra que haya penetrado más profundamente en los corazones: penetraba en ellos como un dardo de fuego que derretía las entrañas, cual se derrite la cera al ardor del sol; que iluminaba, quemaba y destruía todas las resistencias. Hacía algo más que deleitar el espíritu: dominaba el alma y la llevaba á Dios, no por el largo y difícil camino de la discusión, sino por el de los afectos, que es más corto y conduce directamente al fin.

Se oía al venerable Vianney como á un nuevo apóstol que Jesucristo enviaba á su Iglesia para renovar la santidad y fervor de su divino Espíritu en favor de un siglo alterado profundamente por la corrupción de la mayor parte de los hombres. La gran maravilla está en que no enseñando, como los Apóstoles, más que una doctrina incomprensible á la razón humana, y contraria al gusto depravado del mundo— porque no hablaba más que de cruces, humillaciones, de pobreza y penitencia, — fuese bien acogida su enseñanza. No es menos admirable que, no hablando más que su idioma natal, es decir, el francés incorrecto y vulgar de las personas educadas en las aldeas, podía decirse del Sr. Vianney, como de los Apóstoles, que ha sido oído de todas las naciones del mun-

do, y que su voz ha resonado por toda la tierra. Era el oráculo á quien todos consultaban para aprender á conocer á Jesucristo.

Le consultaban los hombres sencillos y los sabios, los perfectos, los imperfectos, y hasta los indiferentes, hallando todos en él yo no sé qué unción divina que penetraba sus corazones, sintiendo cada día más deseo de oírle. Cuanto más se le oía, más gustaba, y siempre se volvía con amor al pie de aquel púlpito, como á un lugar donde siempre se hallaba belleza y verdad; y esto sólo prueba que el siervo de Dios estaba lleno del santo Espíritu, que es el único que puede saciar nuestros corazones y hacer que esa divina hartura excite nuestro apetito, dejándonos siempre más hambrientos.

El santo Párroco hablaba sin más preparación que su continua presencia de Dios. Pasaba sin detenerse del confesonario al púlpito, é iba á él con una imperturbable seguridad y con una maravillosa impassibilidad, hija, no de la confianza propia, sino del olvido completo y absoluto de sí mismo. Cuando se había oído al Párroco de Ars, los hombres no sentían la tentación de juzgar al orador, sino de juzgarse á sí mismos. Vianney cuidaba muy poco de lo que pudieran decir ó pensar de él. Aunque entre su auditorio se hallasen Obispos y otras personas ilustres, jamás se notó en él embarazo, hijo del temor humano. El tímido y modesto Párroco, cuando atravesaba por medio de la imponente multitud que llenaba la iglesia á la hora del Catecismo, no era el mismo hombre; tenía el aire de un triunfador: llevaba la cabeza alta, su rostro estaba iluminado y sus ojos lanzaban rayos de luz.

Preguntósele un día si no le imponía tan numeroso

y respetable auditorio, y respondió sencillamente: «No: cuanta más gente hay, más contento estoy;» y luego, para humillarse, añadía: «Los orgullosos creen »hacerlo siempre bien.» Lo cierto es que si el Papa, los Cardenales y los Reyes se hubiesen hallado al pie de su púlpito, no hubiera dicho ni más ni menos, sin pensar en otra cosa que en ganar almas para Dios. Este verdadero dominio oratorio suplía bien el talento y la retórica; porque daba á las cosas más sencillas salidas de su boca venerable, una majestad singular y una autoridad irresistible. Lo que daba gran fuerza á los discursos del Sr. Vianney era la alta opinión que se tenía de su santidad; y en el catequista de Ars, quien predicaba la verdad era la virtud. Cuando recomendaba el amor de Dios, la humildad, la dulzura, la paciencia, la mortificación, el sacrificio, la pobreza y el deseo del sufrimiento, su ejemplo daba un peso inmenso á la palabra. El argumento más poderoso para convencer y persuadir, es practicar; el orador debe ser todo lo que enseña.

El estilo del venerable Párroco era tan sencillo como elevado: sabía poner las verdades del orden más sublime al alcance de todas las inteligencias, expresándolas en un lenguaje familiar que enternecía por la sencillez y encantaba por la doctrina. Nada decía con afectación; hablaba con tal naturalidad, ternura y firmeza á la vez, que no era posible permanecer insensible al eco de su voz. Era siempre fuente llena de aquella agua viva, cuya virtud enseñó el Salvador á la Samaritana; y cuando el santo Párroco hablaba, se desbordaba, comunicando á todos algo de su plenitud. Sólo así pueden explicarse las milagrosas conversiones de Ars.

La palabra del célebre catequista era rápida: la lanzaba sobre la multitud como una flecha, y parecía llevar toda su alma. En esos momentos solemnes echábanse de ver los más admirables contrastes: lo patético, lo profundo y lo sublime se hallaban con frecuencia al lado de lo sencillo y lo vulgar; y notábanse en grado eminente el desalifio, el desorden, y á la vez la espontaneidad y la fuerza de una improvisación. Muchas veces hemos tratado de escribir lo que acabábamos de oír, y nos ha sido imposible dar forma y trasladar al papel lo que más nos había conmovido.

Esto no obstante, expondremos algunas palabras que hemos recogido; y, aunque son como una lava fría, hallaremos en ellas, no un recuerdo ó un eco, sino al mismo Párroco de Ars, su alma y su corazón en la más natural y sencilla expresión. Oíansele muchas veces sublimes y profundos pensamientos, como los siguientes:

«¡Oh qué bello es amar á Dios!... ¡Sólo en el Cielo comprenderemos lo que es el amor!... La oración ayuda un poco, porque es la elevación del alma hasta Dios...»

«Cuanto más se conoce á los hombres, menos se les ama. Respecto á Dios, sucede todo lo contrario: cuanto más se le conoce, más se le ama. El conocimiento de Dios abrasa el alma con tan encendido amor, que no la es ya posible amar ni desear otra cosa más que á Dios. El hombre ha sido creado por amor, y por eso está tan inclinado á amar. Por otra parte es tan grande, que nada hay en el mundo que pueda llenar su corazón fuera de Dios. Sacad un pez fuera del agua, y morirá. Eso mismo sucede al hombre sin Dios.»

«La tierra es como un puente sobre el agua, que sólo sirve para sostener nuestros pies. Estamos en este mundo, pero no somos de él; por eso decimos todos los días: *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Debemos, pues, esperar la recompensa cuando estemos en nuestra casa, en la casa de nuestro Padre celestial. Por eso los buenos cristianos reciben de Dios tribulaciones, cruces, contradicciones, adversidades, desprecios y calumnias. Éste es un buen signo; mas no falta quien se admira de eso, creyendo que los que aman un poco á Dios debieran ser tratados de otro modo, y precisamente le sale todo lo contrario. Esto prueba que no se comprende el valor y mérito de las cruces. Otros dicen: «Dios castiga á los que ama,» y esto no es cierto. Para los que aman á Dios, las tribulaciones no son castigos, sino gracias. No debemos considerar el trabajo, sino la recompensa. El comerciante no mira lo que trabaja en su comercio, sino la ganancia que saca. ¿Qué son veinte ni treinta años, comparados con la eternidad? ¿Tanto es acaso lo que tenemos que sufrir? Algunas humillaciones, y esto no mata.

«Siendo tan pequeños como somos, ¿no es una felicidad poder agradar á Dios? Nuestra lengua no debiera ocuparse más que en orar, nuestro corazón en amar, y nuestros ojos en llorar.

«Somos mucho y nada. Nada hay más grande que el hombre, y nada más pequeño. Nada más grande, si se mira su alma; nada más pequeño, si se considera su cuerpo. ¿No es una gran miseria cuidar tanto el cuerpo, que es lo que más debiéramos despreciar?»

«Nosotros somos la obra de un Dios, y esto se